

Hermafroditismos, intersexos y otras historias

JUSTIFICACIÓN

Apareció en el calendario el mes de agosto y con él sus calores, su luz y la revolución en las venas y los deseos de correr y gritar y, sobre todo, de huir fuera de la capital. Decidí ir a orillas del Cantábrico y me busqué un hotelito cómodo, lejos del ruido, rodeado de un paisaje paradisíaco y tranquilo.

A la mañana siguiente bajé a desayunar. El comedor estaba a rebosar y me dirigí a una mesa donde estaba ya sentado un cliente como yo e iniciamos unas palabras de presentación. Al terminar el suculento yantar —compuesto por un zumo de naranja natural, un huevo frito con una lonja de jamón virado, un vasito de tinto y un café exquisito—, decidimos ir a dar una vuelta a pie por los alrededores. Anduvimos durante una media hora y nos tendimos sobre el prado. Al poco rato ya estábamos enfrascados en una conversación amena. Me confesó que era muy dado a explicar hechos vividos, aderezándolos con un poco de imaginación. Me dijo: «Si quieras, cada día te cuento una historia, como en “Las mil y una noches” hasta que te canses.»

Pensé que también podría intercalar algún relato mío y el de algún otro compañero que yo considerase digno de interés.

La primera, la de aquella mañana, me impresionó por la propia historia y por el modo que tenía de contarla. Le confesé que me dejara grabarlas, tanto me había gustado esta primera.

Y así empecé este libro de historias de no ficción, haciendo yo de escribano.

A MODO DE PRÓLOGO

Cada vida es suficientemente interesante como para que un escritor la traduzca en una obra literaria o una película. Como dijo Fellini, coge una cámara y sigue a cualquier individuo desde que se levanta hasta el día siguiente y te encontrarás con la sorpresa de que la vida aparentemente más vulgar puede ser original y de interés. Oscar Wilde dijo que el «arte imita a la naturaleza». En otras palabras, que la vida es superior en todo a cualquier novela, película u obra de teatro. Lo que se

narra o se escribe en este libro es una mezcla de realidad y ficción, como la vida misma. ¿Dónde empieza la imaginación y la realidad en cualquier vida? Y no olvidemos los sueños, puesto que también forman una parcela de nuestra biografía.

Nuestra vida ha sido, es y seguirá siendo así, rara, misteriosa y tal vez absurda, pero es lo que tenemos y a ella hay que abrazarse.

Según mi modesta concepción de la biografía de cada cual, desde que nace hasta que muere, se rige por tres ejes muy complejos: el eje genético (determinado por sus genes); el eje adquirido (educación, ambiente, circunstancia, lugar de nacimiento, etc.) y por último la ley del azar o caos

En el genoma (conjunto y suma de la totalidad de genes) reside la herencia que nos legan los progenitores, rasgos físicos, inteligencia y memoria, posibles defectos congénitos, enfermedades o propensión a ellas. No quiero porcentuar la influencia genética pero es muy importante, como se ha demostrado. Desde siempre se ha hablado de la influencia de los astros en nuestra vida y se ha llegado a afirmar que todo está escrito sobre la vida de cada uno. En parte este aserto es cierto en el sentido de que por los conocimientos que progresivamente tenemos sobre el genoma, los cromosomas y sus genes (100.000), determinan una parte no despreciable de nuestro carácter, temperamento, comportamiento y actitud. De los laboratorios de biología molecular van surgiendo nuevos genes responsables de algunas de nuestras funciones fisiológicas normales o patológicas y otras propiedades del cuerpo humano.

El segundo eje corresponde a lo adquirido en el transcurso de nuestra vida, que a su vez dependerá del lugar de nacimiento, de la educación, la cultura, el ambiente familiar y del entorno, etc., y que en su conjunto ejercerá también una gran influencia que se sumará a lo genético.

El tercer eje es la ley de casualidad o ley del caos, que es aquello que nos puede sobrevenir en cualquier momento por causas ajenas a nosotros. El caos ejerce una gran influencia y es el gran protagonista en todos los fenómenos del universo, las matemáticas, en las ciencias físicas y químicas y en nuestra cotidianidad. Se descarta como caos lo distinto del pronóstico infalible. Como dijo un poeta: «Mucho que sentir y pocas certezas, forman en buena medida nuestra suerte.»

De todo lo escrito anteriormente puedo atreverme a deducir que nuestra capacidad de decisión y elección resta bastante restringida. Estos tres ejes (genético, ambiental y caótico o azar) encorsetan nuestra mente y, por extensión, la «libertad» queda relativamente limitada.

No existen unos «hados» que nos empujan fatalmente hacia nuestro destino, como en la tragedia griega, sino que aquellos parámetros mentados influyen en nuestro camino. Es probable que un margen de opciones lo tengamos en nuestro deambular por esta extraña vida, porque si aceptamos en su totalidad lo dicho anteriormente, no seríamos responsables de nuestros actos, lo que echaría por la borda nuestro sistema social.

Debemos obrar cotidianamente como si gozáramos de plena libertad, aún a sabiendas que este aserto no es absoluto, puesto que existen influencias que no

podemos soslayar. A pesar de todo, nuestra responsabilidad existe y hay que vivir con esta creencia.

El azar como límite de nuestro conocimiento podría considerarse un derecho intrínseco de la naturaleza. Como escribía Einstein, la diferencia entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión. La naturaleza es azar constante y permeabilidad de todo cuanto sucede. Caos y orden no son dimensiones antitéticas. Los procesos impredecibles crean un cierto orden comparable a las olas del mar o a las llamas del fuego, que parecen iguales y son siempre distintas. El pavoroso caos amenazador que cohesionó a tantas generaciones es, sencillamente, el orden natural de las cosas, su lado gestionado desde sí.
(ESCOHOTADO, Antonio: *Caos y orden*. Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1999.

R. Feinman, que fue premio Nobel, afirma en su libro (*QED: The Strange Theory of Light and Matter*. Princeton University Press, Princeton, 1988.), citado por Escohotado, que la «electrodinámica cuántica» describe la naturaleza como una entidad absurda para el sentido común y en cambio está de acuerdo con la experimentación subsiguiente y sigue: «Espero que puedan aceptar a la naturaleza como es, absurda», escribe a sus lectores. Y añade la tríada clásica —necesidad, fuerza, exactitud— ha pasado a ser caos, forma y dimensión, con retroalimentación.

Nuestro YO complejo y poliédrico se imprime en cada acto humano y algo tenemos que ver con cada uno de los acontecimientos que protagonizamos. Es difícil compaginar los tres ejes que dirigen o por lo menos influyen en nuestras decisiones y simultáneamente invocar que somos absolutamente libres o totalmente dirigidos. Probablemente algo hay de dirigismo y también de libertad de opción o libre albedrío por parte de algunos de los tres ejes que hemos descrito.

En estas «Historias» que narramos hay retazos de vida de todos los colores, buenos, malos, felices y desgraciados. Con esta carga debemos deambular por este planeta con la conciencia de que cada día es nuevo y amanece repleto de novedades absolutamente inesperadas que proporcionan una riqueza que no valoramos suficientemente. Esto no es una llamada patética sino un toque de atención a la extraordinaria importancia del «minuto real» que vivimos y cuya suma constituye nuestra biografía.

VIVENCIAS DE UN MÉDICO-CIRUJANO

La justificación y el prólogo que anteceden dan paso a 36 historias cortas —pero no banales— propias o ajenas, pero muy bien explicadas por el autor, que es un médico-cirujano dedicado a resolver problemas que hasta ahora eran considerados hipócritamente nefandos —pero definitivamente existentes— de un modo que sólo un médico puede hacer: con sinceridad hipocrática y humanamente caritativa y con competencia técnica depurada y rigurosa. No ha sido fácil seleccionar un relato. Seguramente no es el mejor. Pero como ejemplo vale. (Nota del editor de Aparador de llibres)

QUIERO SER MUJER

Me había llamado desde Tarragona un colega médico para remitirme un paciente muy especial para que yo solucionase su problema, en caso de que aceptara hacerlo. Quedamos que me lo remitiría en el término de una semana.

El día que convinimos se presentó en mi consulta una pareja, ella de 20 años de edad. Les hice sentar y les invité a que me hablaran de su problema. Me dijeron que vivían en Tarragona. Inició ella la conversación confesando:

—Doctor, aunque voy vestida y arreglada como una mujer soy un hombre. Mi DNI tiene nombre de varón, Salvador, que soy yo. Desde pequeñita rechazaba los juegos brutos de los niños y me atraían los de las niñas, sus pasatiempos, sus trapitos, sus maquillajes, etc. Fui siguiendo con esta tendencia que intentaba ocultar a los ojos de los demás, incluso en el seno familiar. Cuando estaba sola en mi habitación, me pintaba los labios y me ponía colorete y polvos en la cara, todo esto a puerta cerrada, para que no me descubrieran. Al mismo tiempo sentía que me interesaba más el contacto de los compañeros, que me atraía mucho más que el de las chicas. Hasta los 18 años yo vestía de acuerdo con mi sexo, pero en adelante me descaré y me puse los hábitos de mujer.

Mis padres cuando me vieron con aquellos vestidos, pintados los labios y maquillada, me preguntaron si estábamos en carnaval. Estas situaciones se iban haciendo más frecuentes pero hasta este momento sólo se producían en la intimidad de la familia, pero el ambiente se enrareció y empezaron los reproches y después las broncas, por parte de mis padres.

Conocí a un chico mayor que yo, de 35 años, con el que simpaticé mucho, quien me propuso que él tenía un restaurante y podría entrar de camarera. Se lo dije a mis padres y al decirles que actuaría como una camarera y vistiéndome de mujer, montaron en cólera:

—Estoy dispuesta a hacerlo, por las buenas o por las malas —dijo a sus padres.

—Si llegas tan bajo, vale más que te vayas de casa, eres una vergüenza. ¿De qué nos ha servido educarte como Dios manda? —le dijeron.

Continuó en su hogar unos días más, pero la situación se iba haciendo insoportable. No le dirigían la palabra y si lo hacían era para insultarla. Las palabras «maricón» y «puta» brotaban alguna vez cada día.

En vista de ello, Salvador habló con su «novio» y acordaron que se iría a vivir al restaurante como una empleada más, con habitación propia. Se lo comunicó a sus padres, que rogaron y lloraron, intentando que desistiera de su locura. Ella persistió en su tozuda actitud y un día rompieron las cartas, hizo la maleta y se fue a vivir al restaurante como camarera.

De momento, Antonio, el amigo y dueño del restaurante, la presentó a su madre que era viuda y la recibió bien. Ellos dos acordaron que cambiaría su nombre y se haría llamar Isabel, hasta tanto no pudieran legalizarlo.

Siguieron explicándome con todo detalle lo que fue sucediendo.

—Madre, Isabel viene como camarera y tendrá, como ya te he dicho, su propia habitación; o sea, que vivirá aquí con nosotros. Espero que viváis en buena armonía y os entendáis —dijo Antonio.

La madre mirándola de arriba abajo y con cara sorprendida le espetó:

—Tienes cara de buena persona, pero eres un tanto extraña por tu aspecto y vas demasiado pintada.

La cuestión es que se fue a vivir al restaurante a casa de Antonio disponiendo de una habitación para ella. Al cabo de un mes Antonio habló con su madre y le dijo que se había enamorado de Isabel y que vivirían como pareja, de puertas adentro. Su madre montó en cólera y le dijo:

—¿Cómo puedes haberte enamorado de un hombre disfrazado de mujer?

¡Debes de estar loco de remate!

—No hay más que hablar, a partir de hoy viviremos como marido y mujer. Ya arreglaremos lo del sexo con la cirugía... Si te gusta bien y si no te marchas de casa, madre.

La madre calló y le contestó:

—Hijo mío, espero no te arrepientes. Al fin y al cabo es tu vida, por mí haced lo que queráis.

Después de contada la historia anterior me pidieron que por favor operase a Salvador-Isabel, y lo transformarse en mujer desde el punto de vista genital y físico. Les dije que tenía que pensarlo, puesto que yo había operado solo a niños, adolescentes y jóvenes, pero siempre afectos de malformaciones genitales, nunca a un transexual.

—Antes de tomar cualquier determinación es indispensable que la visite un psiquiatra, para un examen psíquico profundo que determine su verdadero sexo mental —le dije.

Estuvieron de acuerdo y a la semana se presentaron con el dictamen psicológico que decía:

Actitudes intelectivas bajas.

Inteligencia general media, escasa capacidad de razonamiento.

Persona activa con inestabilidad emocional y sin vida interior.

Extrovertida con tendencia a la fantasía y a la mentira.
Preferencias sexuales masculinas, en la etapa actual homosexual.
Positiva actitud a una cirugía de «genitoplastia femenina».
En resumen, se le puede calificar de «transexual».

En vista de todo lo anterior me decidí a la práctica de una cirugía genital femenina.

Se hizo en dos tiempos. Primero una clitoroplastia sobre el pene y castración, y luego una vaginoplastia con asas de intestino. Resultado final, bueno.

Se le cambió el sexo legal masculino a femenino mediante certificado médico oficial presentado al Registro Civil, con el nombre ya legal de Isabel. Se casaron y constituyeron una pareja feliz. Al cabo de cuatro años, compareció en mi consulta, para decirme que su marido la había dejado y se habían separado. No me dijo la causa del rompimiento.

Un año más tarde se volvió a presentar en mi despacho para amenazarme con una denuncia al juzgado por no poder realizar el coito, porque según ella el orificio vaginal le había quedado muy estrecho. La exploré y una calibración vaginal mostró una abertura de la vagina más que suficiente para la penetración peneal, yo hubiese afirmado que incluso excesiva. Le dije que la denuncia al juzgado la haría yo contra ella por intento de chantaje. Me comunicó que vivía con otro hombre y le invitó a que me trajera a su actual pareja, para hablar sobre el problema de su vagina. Unas semanas después me visitó con su compañero, al que pregunté a solas si podía o no realizar el coito con ella, a lo que me contestó que perfectamente. Le hice saber que estaba implicado en un intento de chantaje y me dijo que él no sabía nada. Les hice entrar a ambos en mi despacho, los sometí a un careo sobre la cuestión y él se reafirmó en que la penetraba perfectamente. Me despedí de él correctamente y a ella la eché y la amenacé con denunciarla. Se fueron y nunca más he sabido nada, de esto hace ya 15 años.

Como se puede deducir de la vivencia anterior, y según mi opinión, el transexual Salvador-Isabel era un individuo no demasiado bien equilibrado. Ya en el examen psicológico mostró un cierto déficit intelectual e inestabilidad emocional, que seguramente se tradujo en su actitud posterior, intentando hacerme sentir culpable de haber realizado mal la genitoplastia femenina, con la agravante aparte de no ser verdad, de hacerme chantaje, para obtener unas pesetas. Para este tipo de intervenciones tan absolutas, en el sentido de cambio de sexo civil y anatómico irreversible, o sea sin vuelta atrás posible, es necesaria una total y profunda convicción del cambio que se va a producir en la personalidad del sujeto en cuestión.

En el caso concreto que nos ocupamos, mi interpretación vivida de cerca y en directo de los hechos es la siguiente: ambos o sea la pareja eran homosexuales y hacían vida en común como a tales. Probablemente ella quiso realizarse al máximo

como mujer, y le pidió a él que asintiera a una cirugía de genitoplastia femenina. El se dejó convencer y cedió, permitiéndole y cargando con todos los dispendios. Una vez tuvo ya una mujer a su lado, llegó un momento en que se cansó, porque lo que él quería en realidad era un hombre, ya que la homosexualidad le gratificaba más que la heterosexualidad, lo que le condujo al aburrimiento y rechazo de aquella situación.

Como conclusión de este caso, diría que fuimos el psiquiatra-sexólogo y yo demasiado condescendientes con aceptar el cambio de sexo quirúrgico. Dado el examen psicológico y visto con afán crítico por sus consecuencias, teníamos que habernos negado a la tal cirugía.

La transexualidad es un estado muy especial puesto que es sentirse absolutamente del sexo contrario al que uno tiene. Hay que verificarlo muy bien con un examen psicológico en profundidad, efectuado por un experto sexólogo en estos problemas. Hay que tener en cuenta que una equivocación en un cambio de sexo quirúrgico es irreversible, es decir, no tiene vuelta atrás. Por lo tanto, hay que tomar todas las precauciones para evitar un error de un tal calibre, en el sentido de cambiar un sexo anatómico.